



Soledad Woessner, en el Hospital del Mar.

Soledad Woessner, a corazón abierto: la hematología vivida desde el microscopio

La hematóloga Soledad Woessner figura en el cuadro de honor de la hematología catalana e hizo escuela en citología. Fue la primera mujer miembro numerario de la Real Academia de Medicina de Cataluña y pionera también en el terreno personal, al adoptar en solitario una niña en una época en la que la familia monoparental era la excepción. Ya jubilada sigue aportando su saber en el Hospital del Mar.

PÁGS. 14-15

SOLEDAD WOESSNER SU NOMBRE FIGURA EN EL CUADRO DE HONOR DE LA HEMATOLOGÍA CATALANA Y HA CREADO ESCUELA EN LA CITOLOGÍA

La soledad de la medicina vista al microscopio

→ La hematóloga Soledad Woessner, que fue la primera mujer en ingresar en la Real Academia de Medicina de Cataluña, es un buen ejemplo del callado pero destacado papel que ha ejercido el sexo femenino en la profesión del

siglo XX. Su dedicación intensa al diagnóstico de laboratorio y a la formación de especialistas no le impidió ser pionera también en el terreno personal, al afrontar en solitario la adopción de una niña.

■ Carmen Fernández

Es hija de una catalana y un alemán. ¿Qué heredó de su padre, aparte del apellido Woessner?

-He heredado, supongo, atributos positivos y negativos. Me gusta estar convencida de que he hecho un buen trabajo, aunque a veces es difícil, y la puntualidad, y soy muy sencilla, no necesito grandes condicionantes para poder ser feliz. He vivido muchos años en Alemania, en una época difícil de postguerra, y eso me ha marcado.

¿Vivía allí cuando estalló la segunda guerra mundial? ¿En qué lugar?

-Nos cogió allí la postguerra, en una zona rural de la Selva Negra. Tuve evidencia del bombardeo de Colonia, que fue terrible, pero de lo sucedido después tengo una visión muy sosegada. En cuanto pudimos, nos volvimos a España y aquí nos adaptamos a una época muy gris, pero no por eso dejamos de ser felices.

¿Fue una buena estudiante? ¿Ser trilingüe pudo contribuir a ensancharle la mente?

-Fui bilingüe (castellano y alemán) hasta los 18 años y luego incorporé el catalán, y tengo que admitir que en mi infancia casi olvidé el castellano. Creo que eso me ha dado más facilidad para los idiomas pero, por lo demás, soy y siempre he sido muy normalita. Lo de los premios y reconocimientos me parece una parafernalia sorprendente porque soy muy normal y nada sobresaliente.

En la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona (UB), cuando usted ingresó, sólo había 17 alumnas entre centenares de alumnos. ¿Tuvo que hacerse respetar por sus compañeros y profesores? ¿Lo logró?

-En mi caso no fue difícil; tenía muchos amigos que me respetaban. Algunos catedráticos quizá me hacían notar que ser mujer era un inconveniente, pero eso no resultó especialmente penoso.

¿Cómo le influyeron grandes profesores de esa época en la UB como Pedro Pons o Farreras Valentí?

-Hice patología médica con Máximo Soriano, que es el profesor que recuerdo con más afecto; fue uno de los mejores catedráticos que he tenido. Nos enseñó eso que hoy hace tanta falta: saber escuchar y explorar físicamente al enfermo. Ese es el fallo de la medicina actual. Vamos tan sobrecargados, con tantas prisas, que el enfermo queda relegado.

Luego pasé a Pedro Pons y Farreras Valentí, que había estado en



Suecia y Alemania y tenía una visión muy amplia y muy abierta de la medicina. Se fijó en mí, que era una persona desconocida, muy joven y mujer y, en contra de toda previsión, me ayudó, me orientó y me protegió en todo lo que le fue posible.

¿Cuándo conoció a Jordi Sans Sabrafén (ya fallecido), con quien formó tándem profesional a lo largo de toda su carrera? Hay una época de la hematología catalana que no se puede explicar sin recurrir a Rozman y a ustedes dos.

-Nos conocimos en la escuela de Farreras Valentí, que de hecho era la escuela Farreras-Rozman. Nosotros estábamos en segundo término, por edad, y no éramos dos sino tres: Sans Sabrafén, Ricardo Castillo y Soledad Woessner. Éramos como los hijos de Farreras y los hermanos pequeños de Rozman.

Fue una época muy feliz y muy constructiva, a pesar de que los medios eran escasos. Creo que todos los que pasaron por esa escuela se llevaron de ella un recuerdo imborrable, como yo.

¿Por qué Sans Sabrafén se volvió en la clínica y usted se decantó finalmente por el diagnóstico en laboratorio?

-Él fue siempre un clínico extraordinario. Los dos empezamos en el dispensario con Castillo y



'SIN ARREGLAR'

Soledad Woessner no es amiga de entrevistas con la prensa; ésta, para la serie *A corazón abierto*, les ha hecho más ilusión a sus colaboradores del Hospital del Mar que a ella misma, tal y como demuestra el hecho de que nos haya recibido en bata blanca, junto a un microscopio y, como ella misma ha dicho, "sin arreglar".



Rozman y, cuando éste se fue a Salamanca, nos hicimos cargo de todo nosotros tres.

Yo admito que llegó un punto en el que noté que me implicaba demasiado con los enfermos. Cuando volvía a casa no podía quitármelos de la cabeza y llegué a la conclusión de que si seguía así eso no sería sano para mí; me acabaría afectando profundamente. Pensé que dejarlo sería lo mejor y que desde el laboratorio podía hacer una gran contribución. Desde ahí ayudas muchísimo pero no tienes el sufrimiento, aunque tampoco la satisfacción, del contacto directo con el enfermo. Fue una decisión muy personal.

Pero no todos los profesionales son capaces de hacer auto-crítica y decidir si están dotados para la atención directa al paciente o no.

-Tenemos que saber hasta dónde de podemos llegar y hasta dónde no, y luego aprovechar lo más positivo que tenemos para aportar.

¿Ha calculado qué porcentaje de su vida puede haber pasado mirando muestras por el microscopio? ¿Se arrepiente?

-No, en absoluto; siempre han sido las mejores horas de la jornada laboral.

Lo mejor de su trayectoria lo pasó en el Hospital de la Cruz Roja de la calle Dos de Mayo de Barcelona, en un momento en

el que el centro destacaba especialmente por su cirugía y su hematología. ¿De qué se siente especialmente orgullosa de su estancia allí?

-De haber podido colaborar con Sans Sabrafén, mi amigo más entrañable, y haber continuado con el prestigio que heredamos de Farreras Valentí. Ayudamos a que ese hospital destacase un poco.

Pasó un par de años en La Alianza, donde tuvo un final (la metieron sin contemplaciones en el paquete de una tremenda reducción de plantilla) que molestó a muchos de sus colegas de Barcelona. ¿Qué conclusión sacó de aquello? ¿La marcó anímicamente?

-Fue duro; Sans Sabrafén era un gran luchador, infatigable, y se disgustó muchísimo, pero yo no me lo tomé tan mal. Pensé que era una injusticia motivada por cuestiones económicas y no personales; nuestro servicio le resultaba demasiado caro a la mutualidad, así como la neurocirugía, que sufrió lo mismo. Todos éramos conscientes de que la causa era la coyuntura político-económica. Luego el tiempo pone las cosas en su sitio.

Y de allí, al Hospital del Mar, donde ya había estado al principio de su carrera. Ya cerca de la edad de jubilación puso en marcha, de nuevo junto a Sans Sa-

POSTGUERRA

///
Nos cogió en Alemania, en una zona rural de la Selva Negra. Tuve evidencia del bombardeo de Colonia, que fue terrible

JORDI SANS

///
Nos conocimos en la escuela de Farreras; éramos como sus hijos, y hermanos de Rozman

ADOPCIÓN

///
Me fui a Oviedo a recoger a la niña (...) y al martes siguiente volví a trabajar como si nada

JUBILACIÓN

///
Sigo viniendo por el hospital y ellos me demuestran que no les estorbo, que quieren que siga haciéndolo. No creo que hagan comedia

brafén, un nuevo equipo de hematología, y ahora, ya jubilada, da clases en la Escuela de citología hematológica Soledad Woessner y sigue acudiendo todos los martes a sesiones clínicas y una vez al mes para reunirse con los demás hematólogos de los hospitales catalanes. ¿Qué hace exactamente? ¿Por qué cree que a sus colegas les interesan sus opiniones?

-Creo que me consideran un poco como su madre en citología, y eso me complace absolutamente. En las sesiones clínicas analizamos los casos más difíciles, raros o controvertidos de la semana, por microscopio y con las historias clínicas. Aquí me encuentro muy bien. Tengo una colaboradora, que es la jefe del servicio, Lourdes Florensa, que me ha ayudado mucho y nunca ha dejado que me sienta incómoda.

Ya me he jubilado, pero estoy muy contenta de poder seguir viniendo por el hospital, y ellos me demuestran que no les estorbo, que quieren que sigan haciéndolo. No creo, sinceramente, que hagan comedia; si falto algún día, hasta me riñen.

En Estados Unidos se han dado ya cuenta de que lo sensato es contar con la juventud y también un poco con la vejez, porque los senior podemos aportar la experiencia que es algo que los jóvenes no tienen. Lo más inteligente sería que aquí también se contara de alguna forma con los senior, en vez de jubilarlos y se acabó. Ese es un error craso que no sólo afecta a la medicina. Además, es inhumano.

Ha hecho escuela y tiene discípulos. ¿Puede destacar alguno?

-De todos ellos me siento muy orgullosa porque los pocos que empezaron conmigo y luego se fueron es porque no quisieron seguir mis exigencias. He sido muy exigente, lo reconozco, pero también benévola, y he dedicado muchas horas a enseñar. Ellos ya saben muchísimo más que yo, y esa es mi mayor satisfacción.

¿Y se atreve a señalar cuáles son los mejores hematólogos del momento?

-Uy, eso es muy delicado; son muchos.

No se casó, pero ese detalle no le hizo renunciar a la maternidad y adoptó una niña en solitario, en una época en la que lo de la familia monoparental era una excepción. ¿La gente de su entorno (familia, amigos) lo entendió? ¿La ayudaron a compaginar vida laboral y familiar o hizo frente a todo sola?

-Por parte de la familia no hubo problema, aunque no se mostraron entusiasmados; mi madre me apoyó y mi padre lo entendió finalmente. Y algunos amigos se enfadaron un poco.

Recuerdo que fue en Semana Santa, aprovechando unos días libres, que me fui a Oviedo a recoger a la niña, que había nacido tres días antes. Tuve mucha suerte, y la adopción, al ser las dos de la misma raza, no resultó en absoluto conflictiva; creo que las adopcio-

nes internacionales, entre personas físicamente muy diferentes, son más difíciles.

Entonces no había bajas maternales ni de adopción, ni todo eso que hay ahora, y al martes siguiente volví al trabajo como si nada. Nadie sabía que tenía una niña de días esperándome en casa.

¿Ella también es médico?

-Mi hija tiene muchas habilidades, pero no la medicina. Los hijos no tienen por qué seguir la profesión de sus padres; tienen que elegir libremente lo que les gusta y quieren hacer.

Se la considera una persona reservada y usted se ha definido en alguna ocasión como "muy solitaria", de lo que se desprende, quizá, una rica vida interior. ¿Es así?

-Creo que sí. Yo no necesito grandes cosas para ser feliz. He pasado por problemas médicos muy difíciles, que a otros les hubiesen hecho desistir, pero yo he tenido suerte y he salido adelante. A pesar de todo, la felicidad es algo que depende de uno mismo. Hay situaciones extremas, pero que tengamos una vida feliz depende de nosotros mismos.

¿Ha tenido que batallar mucho contra otros especialistas o contra los gerentes por lograr

más medios para su equipo y sus enfermos?

-No he sido muy guerrera en ese sentido.

¿Está de acuerdo con que hoy en día a esta profesión, como a casi todas, le sobran prisas y le falta reflexión?

-Queremos hacer demasiadas cosas y no se puede estar en todas partes a la vez. Las sesiones monográficas, por ejemplo, son mucho más útiles que esos macrocongresos internacionales con cuatro conferencias importantes al mismo tiempo y en lugares diferentes. Eso provoca angustia.

Mis colaboradores en el Hospital del Mar tienen unas agendas llenísimas. Llegar a todo y en profundidad es difícil, y si no puedes hacerlo, eso seguro que acaba afectando psicológicamente. Esto es motivo de angustia y no se puede trabajar bien así. En citología, por ejemplo, si no dedicas muchas horas puedes meter la pata.

Es decir, que en eso no vale calcular cuántas muestras por hora tiene que analizar cada profesional.

-El tiempo por muestra para hacer el diagnóstico es muy variable. Te puedes ir por la noche tras haber pasado toda la tarde al microscopio con una sola muestra y vol-

ver a la mañana siguiente a lo mismo. Este trabajo no se puede calcular a tanto por hora, eso es una barbaridad. Hay casos fáciles y otros difícilísimos, y por culpa de las prisas se cometen muchos errores médicos involuntarios.

La citología requiere mucha paciencia, no se puede ir deprisa; lo mismo que sucede con la anatomopatología o la microbiología.

Aparte de todo lo relacionado con la hematología y las patologías en las que más ha destacado profesionalmente (síndrome mielodisplásico y otras), ¿qué otras cosas le han apasionado en su vida?

-La naturaleza y practicar senderismo. Creo que mi afición empezó durante mi estancia en la Selva Negra, que pateé de norte a sur y de este a oeste. Hoy en día practico senderismo urbano y, por ejemplo, voy y vengo de mi casa en San Gervasio, en la parte alta de Barcelona, al Hospital del Mar, en el Paseo Marítimo; son una hora y veinte minutos para bajar y una hora y treinta minutos para subir. Es una actividad ecológica y sana y me relaja enormemente. Cuando camino pienso en muchas cosas y algunos discursos los he meditado caminando.

Actualmente también realiza actividades de voluntariado social. ¿De qué tipo?

-Visito personas que no pueden salir de casa, a través de Cáritas. Son sólo unas dos horas semanales.

Si le gusta la naturaleza, tendrá un jardín, supongo.

-Tengo una casa fuera de Barcelona con un poco de jardín que cuido yo misma, en plan amateur.

Aunque se ha caracterizado por ser una profesional muy discreta, ha recibido múltiples homenajes y galardones. Quizá de lo que se sienta más orgullosa es de haber sido la primera mujer miembro numerario de la Real Academia de Medicina de Cataluña. Eso sucedió en 1992. ¿Cómo se tardó tanto? ¿No había antes candidatas?

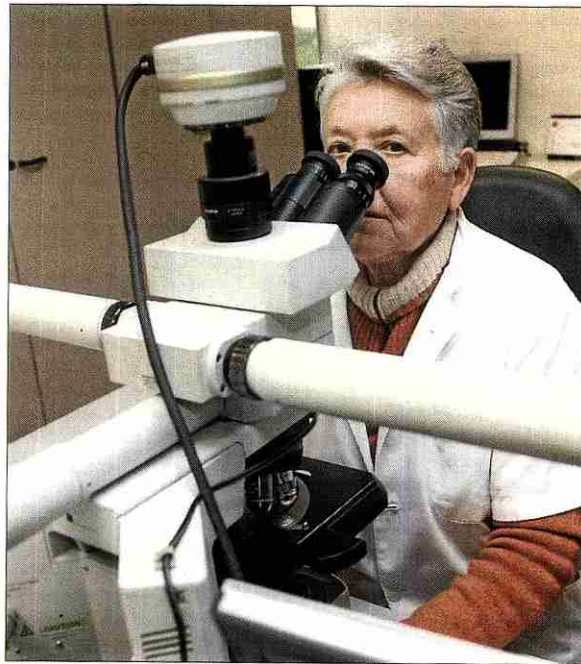
-Claro que había, pero esa institución está compuesta por ilustres académicos, todos hombres, y es un círculo muy cerrado, en el que cuesta entrar. Ahora sólo hay tres; o sea, que la cosa no ha cambiado mucho.

Las mujeres son ya mayoría en las facultades de medicina españolas y pronto lo serán en toda la profesión. ¿Va eso a cambiar las cosas?

-Tan buenos son los médicos hombres como los médicos mujeres y el sexo no tendría que influir para nada. Lo que pasa es que la mujer tiene una sobrecarga mayor, por su mayor responsabilidad en la vida privada, y no puede seguir el ritmo de la actualización de la medicina; es el problema que tiene la doble jornada, y habría que solventarlo de alguna manera para que la profesión no resulte finalmente perjudicada.

¿Qué piensa hacer mientras conserve la buena salud?

-Trabajar al ritmo que trabajo actualmente, leer al ritmo que leo, caminar al ritmo que camino...



ENTRE MUCHO Y DEMASIADO POCO

Soledad Woessner (Barcelona, 1931), especialista en análisis clínicos, hematología y hemoterapia, renunció al trato directo con los enfermos pero no a ayudarles a salir adelante por medio del diagnóstico certero de sus patologías. Del valor de su contribución, que sus colaboradores y amigos alaban y que ella se afana por rebajar en aras de su "normalidad" profesional y personal, deja constancia la colección de premios y galardones que acumula, entre los que destacan las medallas Narcís Monturiol al mérito científico y tecnológico y Josep Trueta al mérito sanitario, de la Generalitat de Cataluña, y el Premio Jordi Gol i Gurina a la trayectoria profesional y humana, de la Academia de Ciencias Médicas y de la Salud de Cataluña y Baleares.

Como ella misma admite, siempre ha sido una persona solitaria, pero podemos dar fe de que si lo ha sido es por elección personal porque sus discípulos de la escuela del Hospital del Mar y colegas de especialidad la adoran y son muchos y destacados los profesionales e instituciones que han recomendado a DIARIO MEDICO su inclusión en la colección de entrevistas *A corazón abierto*.